

### **La estremecedora luna llena**

Esa noche la puerta de la casa, hecha de una madera fuerte y robusta, se abrió bruscamente por un fuerte golpe. Su dueño corrió hasta una olla de agua para lavarse las manos y la cara. Sus manos temblaban y él exhalaba un sordo gemido como de un animal asustado. Al terminar, se recostó sobre una pared y así permaneció hasta que amaneció. La mañana lo encontró a Clermont, el dueño de la casa, bastante sucio y sin recuerdos claros de por qué despertó en el suelo. Se levantó, sacudió un poco sus recuerdos, pero nada, no había claridad sobre el por qué había terminado así. Se emprolijo un poco la ropa y salió a ver que sucedía puesto que se escuchaban gritos en la casa de un vecino. Algunos vecinos se habían reunido en una de las granjas vecinas llevados por la curiosidad y para poder develar qué había pasado. Al parecer, un animal salvaje había asesinado y devorado dos ovejas. Las tripas y los órganos, esparcidos por la zona, estaban llamando la atención de cuervos, aves de rapiña y perros salvajes. Su dueño, furioso con un martillo en la mano, gritaba de cólera y sólo fue tranquilizado por sus dos hijas. Al parecer, por los comentarios de los demás granjeros y hasta cierta invención por el desconocimiento, hablaban de un posible hombre lobo que estaría recorriendo la zona. Si bien nadie lo había visto, pero si, más de uno, lo escuchó por las noches de luna llena. Esas noches en las que nadie se atrevía a salir de sus hogares.

Por esa época y esa zona, muchas leyendas recorrieron y se instalaron en las almas de los pobladores. Desde los tradicionales ladrones de ganado y ovejas, pasando por bestias aladas que secuestraban animales hasta el mito del hombre lobo. Bien está claro que es el mito en el que más creían y al que más temían,

puesto que más de un campesino había escuchado sus espeluznantes aullidos que hacían encerrar a todos en sus casa. Nadie nunca pudo hallar o siquiera cruzarse con el supuesto hombre lobo y vivir para contarlo.

Lejos de las granjas y en otros escenarios, el rey Clodoveo I, al mando del ejército de los francos, había puesto fin a la contienda que tenía contra los Alamanes. Así, concluida la batalla de Tolbiac, gracias a la ayuda de una oración desesperada al dios cristiano que hizo el rey en plena batalla, el bautismo en sus hombres se había empezado a desparramar. Con el tiempo, Clodoveo, a la cabeza de un futuro linaje cristiano, logró que todos abrazaran la nueva fe. La misma nueva fe que lo había hecho ganar la batalla de Tolbiac. Consagrado así como el primero de los reyes cristianos, puesto sus vínculos con el clero, se habían empezado a dejar a los dioses paganos y todos sus ritos. Aun así, en algunas poblaciones rurales, todavía se mantenía cierta superstición o creencias de antaño que tenían sometidos a los pobladores mezclada con la nueva fe que sólo algunos comenzaron a adoptar.

Por la tarde, poco antes que oscureciera, Tidian, el granjero a quien le habían asesinado las dos ovejas, reunió a algunos vecinos con antorchas en mano para salir en busca del supuesto hombre lobo. Clermont, apoyado sobre el marco de la puerta de su casa, los vio alejarse. Decidió así no acompañar a Tidian, pues una antigua rivalidad los mantenía en una irreconciliable amistad. Dos horas después volvieron sin éxito. La noche, ya en su totalidad, recluyó a los vecinos en sus hogares. Nadie podía asegurar que ese hombre lobo volviera a atacar y a quién iba a hacerlo. El temor ya se estaba haciendo fuerte.

Las semanas siguientes no trajeron ataques despiadados ni la matanza de ningún animal perteneciente a algún granjero. Una extraña paz se hizo presente.

Una mañana, se presentó en algunas granjas, el heraldo del rey Clodoveo con algunos soldados y hombres del clero anunciando la llegada de la nueva fe cristiana e instando al bautismo. Muchos granjeros, inmersos en un paganismo cerrado y tradicional, rechazaron tales imposiciones.

El heraldo, con la impunidad que le da el rey, prometió volver y esperaba que todos estuvieran dispuestos a aceptar el bautismo o someterse al castigo que los esperaba por no aceptar la nueva orden del rey.

En los días que siguieron, muchos vecinos de la zona, que es bastante extensa, decidieron reunirse para resolver dos problemas que se les había presentado. Por un lado el rey Clodoveo, quien se abocó al cristianismo, buscó imponer la nueva religión a todas las poblaciones rurales que se mostraban descontentas. Ellos no permitirían que nadie les dijera en qué creer. Por otro lado, todavía seguía suelto ese misterioso hombre lobo que últimamente no se mostraba por la zona. Así entonces, se resolvió buscarlo y cazarlo. Para esa noche, se organizó un grupo de cinco personas que saldría por la noche con antorchas, cuchillos y demás armas con filo que sirvieran para matarlo. Recorrieron grandes extensiones de la zona pero nada, sólo algún que otro animal que escapó asustado al ver ese tumulto de personas buscando derramar sangre. Mientras emprendían el retorno, uno de ellos escuchó a lo lejos un aullido. Corrieron hacia el lugar y un gigantesco lobo o demonio parecía estar esperándolos con una mirada que nunca se apartó de ellos y lo peor, no mostró signos de temor frente a sus gritos e insultos. Ni aun con las armas punzantes que le exhibieron. Ninguno parecía animarse a dar el primer paso. El lobo daba unos pasos lentos hacia su izquierda y hacia su derecha pero sin apartar la mirada de ellos. Los granjeros apenas, y en grupo cerrado, avanzaron unos pasos temblando y enseñándoles sus armas. En esos nervios, a

uno de los granjeros se le cayó la antorcha, lo que asustó al resto y retrocedió. El lobo, rápido de movimientos, huyó por el bosque inmenso y oscuro.

Al otro día, los pobladores, a sabiendas del terror y la amenaza que les esperaba, buscaron hacer alianzas entre vecinos para impedir que ese lobo despiadado robara y asesinara a sus ovejas. Clermont, quien no participó de esa búsqueda donde hicieron el primer contacto visual con el lobo, comenzó a sentirse mal al escuchar a sus vecinos. En silencio se fue a su hogar y, rodeado de tranquilidad, comenzó a recordar a su esposa Leevan. Ella, unos años atrás, fue atacada por unos lobos de la zona. La hemorragia por las mordidas le impidieron llegar a su hogar por lo que cayó en el lugar y murió. Al otro día, unos niños que jugaban por allí la encontraron. Clermont, desgarrado de dolor, cayó en una profunda depresión que le impidió por años acercarse a las demás personas. Aún hoy, mantiene cierta distancia sin cortar la sociabilidad que lo ayuda a seguir.

Años atrás, Clermont y Leevan, decidieron armar su propia vida lejos de los padres de ambos. Lo hicieron en un pequeño poblado alejado de París que estaba siendo asediado por pestes y por constantes invasiones de tribus beligerantes. La idea de acercarse más a la naturaleza y a los dioses que la protegían, los convenció de levantar una pequeña granja a la que de a poco le irán sumando ovejas y si era posible, ganado vacuno. Con los años, algunos granjeros se asentaron por la zona convirtiéndose en vecinos. Si bien las granjas estaban a pocas leguas de distancia, muchas veces se acercaban para conocerse. Por aquella época, un vecino se sumó a la zona, Tidian es su nombre. La relación, si bien empezó con respeto, al poco tiempo se fue degradando. Un carácter poco amigable y bastante irritable dominaba a Tidian. Los problemas con la zona de cultivo, de límites variables, fue lo que inició una disputa que duraría

para siempre. Además, claro está, siempre estaba el peligro latente de invasiones de otras tribus por el territorio e incluso los animales salvajes que rondaban por la zona.

Los años siguieron con su inevitable avance. Tidian tuvo dos hijas y fue ampliando la zona de cultivo. Por otro lado, Clermont y Leevan, si bien no tuvieron hijos, se ocuparon en mantener la granja y los cultivos óptimos. Unos pocos años después, con algunos vecinos más que sumaban ya un campesinado grande, Leevan se alejó de su hogar para recorrer la zona en busca de nuevas especies para el cultivo. Estando cerca de la granja de Tidian pero más metida dentro del bosque, comenzó a sentir un escalofrío que le trepó por la espalda.. como si presintiera un peligro cercano. Sintió que alguien o algo la estaba observando cada vez más de cerca. Ruidos de ramas quebrarse la hicieron sobresaltar.

Señal inequívoca que alguien se acercaba. El miedo, el pavor por lo desconocido y la clara idea de una muerte cercana, llevó a Leevan de comenzar a correr, sin saberlo, hacia la granja de Tidian. Comenzó a gritar de pánico hasta que estuvo frente a un inmenso lobo. Su gran tamaño, sus pelos negros como las cuevas más oscuras del averno más su miraba friay esos enormes colmillos que dejaban ver debiles hilos de saliva que caian algunos sobre sus dientes de la mandibula inferior y otros en el suelo, hizo que ella se detuviera. Cayó al suelo debilitada y sin fuerzas. Pero algo, quizá el instinto de supervivencia acudió en su ayuda, y mágicamente se levantó del suelo y comenzó a correr. El lobo, con un conocimiento más cabal del terreno, con más habilidad y más frialdad, la alcanzó. Aunque si bien el lobo pudo haberla asesinado en el lugar, también destrozado y hasta devorarla sólo mordió una de sus piernas y su brazo cuando ella lo agarró del hocico para frenar así su embestida. Ella, malherida, pudo levantarse con esa

inyección de adrenalina que proporciona el cuerpo cuando se está frente a un peligro y corrió en dirección a su hogar. El lobo, inmóvil e impasible, sólo la observó.

Ella, a una cierta distancia del bosque, en campo abierto, se sentó en el suelo completamente exhausta y apoyó su espalda sobre un pedazo de tronco hueco dispuesto en forma horizontal. Respiró cada vez con más dificultad y antes de morir se dibujó sobre la comisura izquierda de su boca una débil sonrisa.

Las razones por las cuales Clermont no soportaba ni pretendía tener cerca a Tidian, es que lo culpaba por no haber acudido a socorrer a Leevan cuando era perseguida por el lobo o por la criatura que la había asesinado. Pues, como no hubo testigos, sólo se especulaba. Tidian, sólo preocupado por sus cultivos y sus animales, nunca le dio importancia a Clermont ni a su pedido. La rivalidad fue creciendo sin más explicaciones lógicas hasta, y sólo por la ignorancia, Tidian empezó a acusar a Clermont como espía del heraldo del rey. Puesto que este nunca quiso hacer alianzas para salir a buscar a ese nefasto hombre lobo que tanto pánico le causaba a los granjeros. Así, sólo la ignorancia que lleva al odio puede manipular una mente débil y vacía de contenidos factibles. Clermont seguía recluido en su hogar completamente dominado por el ostracismo y sin saber de qué se lo acusaba.

Algunos días después, Clermont, mientras cultivaba, fue increpado por algunos vecinos bajo la orden de Tidian, a abandonar la granja bajo acusación de ser espía del rey. Las acusaciones, claramente falsas, fueron inventadas por Tidian para echarlo de la zona y poder ocupar su terreno. Claro, los granjeros, inmersos en una ignorancia suprema, creyeron además que él era el supuesto hombre lobo o que tenía comunicación con ese gigantesco animal que se habían cruzado

aquella tarde. Los granjeros, así, expulsaron a Clermont de la zona y lo escoltaron hacia la lejanía de las granjas. La noche se estaba cerrando cada vez más, las bestias nocturnas parecían comenzar a salir, los miedos de los granjeros que expulsaron a Clermont estaban cobrando vida. Así, mientras regresaban a sus hogares, con una oscuridad absoluta sólo interrumpida por el fuego de las antorchas, escucharon un aterrador aullido bajo una hermosa luna llena. Los granjeros al mando de Tidian, corrieron hacia sus hogares pensando que peligraban sus familias y su ganado. Tres hombres del grupo se separaron y fueron a buscar a Clermont, quizá movidos por alguna piedad o remordimiento por abandonarlo o simplemente para ver si esos aullidos provenían de él. Mientras estaban llegando al lugar donde lo dejaron, uno de ellos lo vió correr hacia la zona de las granjas muy ágilmente en cuatro patas mientras emitía unos débiles gemidos.

Asustados y con la certeza que Clermont era el hombre lobo tan buscado, corrieron hacia su grupo para avisar. Tidian, seguramente subido a esa soberbia insana que le proporciona sólo las mentes más influenciables, les dijo a los demás granjeros que él tenía razón cuando culpó a Clermont de ser el hombre lobo y que ahora les tocaba asesinarlo. Uno de los granjeros del grupo, mientras corrían hacia sus hogares para matar al hombre lobo, pensó y se dio cuenta que el aullido provenía de la zona de las granjas y que estaban en dirección opuesta a donde habían dejado a Clermont. Por lo tanto él no pudo haber hecho el aullido.

Entonces; ¿hay uno o dos hombres lobo?.

Cuando los granjeros llegaron a sus hogares, vieron mucha gente con antorchas, herramientas de cultivo para usarlas como armas y muchos gritos. Al parecer, vieron a un gigantesco lobo u hombre lobo que peleó con un hombre

para defender a una de las hijas de Tidian que fue atacada. Este, furioso y asustado fue en busca de su hija y, antes de entrar al bosque, él y los demás granjeros, vieron a su hija llorando y muerta de miedo.

Algunos vecinos la llevaron a su hogar mientras que el padre y algunos más se internaron en el bosque. Algunos minutos después, completamente ciegos de bronca, vieron que un enorme y poco amenazante lobo huía como podía de la escena.

Los hombres, cuando se apresuraron a perseguirlo para darle muerte, uno de ellos vio a Clermont desnudo y tirado en el suelo cubierto por bastante sangre. Se acercaron a él y este sólo emitió sordos gemidos de dolor. Su cuerpo temblaba y preguntó si la hija de Tidian estaba viva. Había peleado con el lobo para salvar a su hija y lo había conseguido. Los granjeros lo cubrieron con algunas ropas y lavaron sus heridas como pudieron. Mientras lo llevaban a su hogar vieron que tal hombre lobo no existía, al parecer era sólo un lobo o varios quizá. Antes de que lo dejaran en su hogar, Clermont ya había fallecido.

Con el tiempo se supo que Clermont, a quien acusaron de hombre lobo y ser espía del rey, estaba muy alejado de eso. Cuando Leevan, su esposa, murió por el ataque de un lobo, él cayó en una profunda depresión, la misma le hacía creer que en las noches de luna llena se transformaba en hombre lobo. Nunca lo fue, sólo el trauma por la muerte de su mujer hizo que le agarrara una enfermedad.. una extraña, misteriosa y poco común llamada: manía lupina.